

# El regreso del emigrante

**Pepe Pol**

**E**ra por primeros de diciembre y volvía a mi tierra en avión, después de estar muchos años, ya casi no los recuerdo, lejos de Galicia, forzado por el exilio laboral. Ansioso, oteo por la ventanilla y veo una verde alfombra, es el suelo de mi tierra natal, y, en algunos de sus puntos, como si fueran retazos, unas manchas negras, son las consecuencias de los incendios forestales. En tanto el aeroplano desciende pienso en el objetivo de mi viaje, un viaje que llevaba muchos años deseando hacer, volver a Galicia y cumplir con mi promesa; pues había dicho que si el milagroso caballo del

Santo Apóstol me traía, si me rescataba de mi prisión en América, lo primero que haría sería visitar su tumba y luego, a pie recorrer el Camino hasta llegar a Begonte para dar muchas gracias a Jesús nuestro Salvador.

Me parecía que era un sueño, hasta frotaba mis ojos para cerciorarme de la maravillosa verdad que estaba viviendo; pues, como unca fui dado a caminar, como no estaba preparado físicamente para una dura marcha, sentía preocupación y más, cuando unas semanas antes, cuando ya en mi cartera tenía guardado el mejor billete, el del pasaje, comencé a notar unas molestias orgánicas que se iban agudizando y, casi parecía

que mi aparato locomotor se inmovilizaba.

Acudí a mi facultativo de cabecera, le expuse mi preocupación que, realmente era que, por mi posible enfermedad, no pudiera marchar. El médico me dijo que lo importante era saber las causas de mi dolencia y, urgente me envió a hacer una analítica y radiografías. A los pocos días, con el gesto que imponía la situación, me comunicó que tenía leucemia. Desconsolado lloré porque eso podría, como ola malvada, destruir mi castillo de ilusión, visitar Begonte y volver a

Galicia. Con la voz entrecortada le pregunté si podría ir a ese pueblo de Terra Chá y el doctor me respondió: "¿Para qué?"

A lo que le repuse que para verlo que ningún cristiano puede irse de este mundo sin ver, el Belén electrónico de Begonte. Estoy plétórico con la ilusión, estamos a dos de noviembre y yo quiero llegar allí en la misma Nochebuena y hacer a pie el itinerario desde la catedral de Santiago hasta Begonte y luego me vendré para mi Monforte del alma para descansar al pie de San Vicente lavando mis cansados pies en el placentero Cabe.

"¡Loco y loco!", exclama el galeño, "será primero tu vida, agárrate a esta tierra y no quieras, por una falacia, condenarte a muerte. No debes hacer ningún esfuerzo y, mucho menos esa barbaridad de viaje y luego kilómetros y kilómetros andando. Con ello estarías cavando tu propia fosa".

Con rabia le increpé: "Usted es un ateo y no sabe que esta vida es entrega y sacrificio y, que mejor acto que, si he de morir, encomendarme a Dios y adorar a su Hijo en el mismo Portal".

Volví a contestarme el médico, parapetado tras su mesa: "¡Iluso, cree en la vida!"

"La vida, dice, sí, por eso la quiero, como ofrenda, poner en manos de quien me la otorgó". Ante esta respuesta el doctor en medicina gritó, levantándose airado de su acolchada silla:

"¡Tontorrón creyente, haz la quimioterapia y no vayas a Belén alguno!" No pudiendo superar su infranqueable postura, gritando aún más fuerte que él exclamé: "¡Iré aunque muera por el camino, ya lo había prometido, pero ahora sé que El será el único que me pueda salvar. Hasta siempre!"

Reprimiendo las ganas de dar un portazo, ni siquiera cerré la puerta, pero por ese vano, el de acceso a esa consulta, me comprometí a no volver a pisarla. No sé cómo pero parece que el medicamento que mejor encontré lo hallé en los anaques de mi cere-

bro, contianza en mi mismo y fe ciega en que me concediera las fuerzas que se me escapaban irremisiblemente. Gracias a eso pude llegar, semanas después, a las escalerillas de embarque.

Por momentos creía que caería, dado el desfallecimiento físico, pero, al poco, ya estaba acomodado en la aeronave y, como si hubiera estado dormido, de mi casi conmoción me sacaba una voz angelical: "Se siente bien, caballero". Era una guapísima azafata a la que respondí con una agradecida sonrisa y un, "gracias, señorita". Ahora ya estoy aquí. El avión aterriza; descendiendo, arropado entre el resto de viajeros, mientras los servicios de megafonía anun-

ciaban llegadas y salidas de aeronaves. Tomé un taxi, nada más salir, y le dije que su carrera era destino inmediaciones de la catedral.

Quise percibir en el taxista el rictus de una irónica risa pues pensaba que el pasajero, este servidor, delgado y demacrado, buscaba en el frío diciembre otro calor muy distinto al que se puede hallar intramuros de sacras edificaciones. No hice caso, y cuando abandoné el vehículo fui directo a la catedral. Entré en ella y no sé cuantas horas allí estuve recorriendo santos lugares y visitando el sepulcro del Santo. Como es normal, en ningún instante estuve solo, humanamente, pues, como todos sabemos, en las iglesias siempre tiene uno un amparo espiritual.

Al salir busqué una pensión donde, después de asearme y cenar, descansé; parece que me había olvidado de mi aguda enfermedad.

A la mañana, bastante tempra-

no, aún los campos dormían bajo la sábana de la bruma nocturna. Iba, como el poeta, ligero de equipaje. Comencé a caminar por la carretera que, según indicaciones oficiales, era el Camino de Santiago; ahora mi meta era Begonte, dejaba, como agujas tejiendo el cielo espiritual, las torres de la catedral. Miré desde el

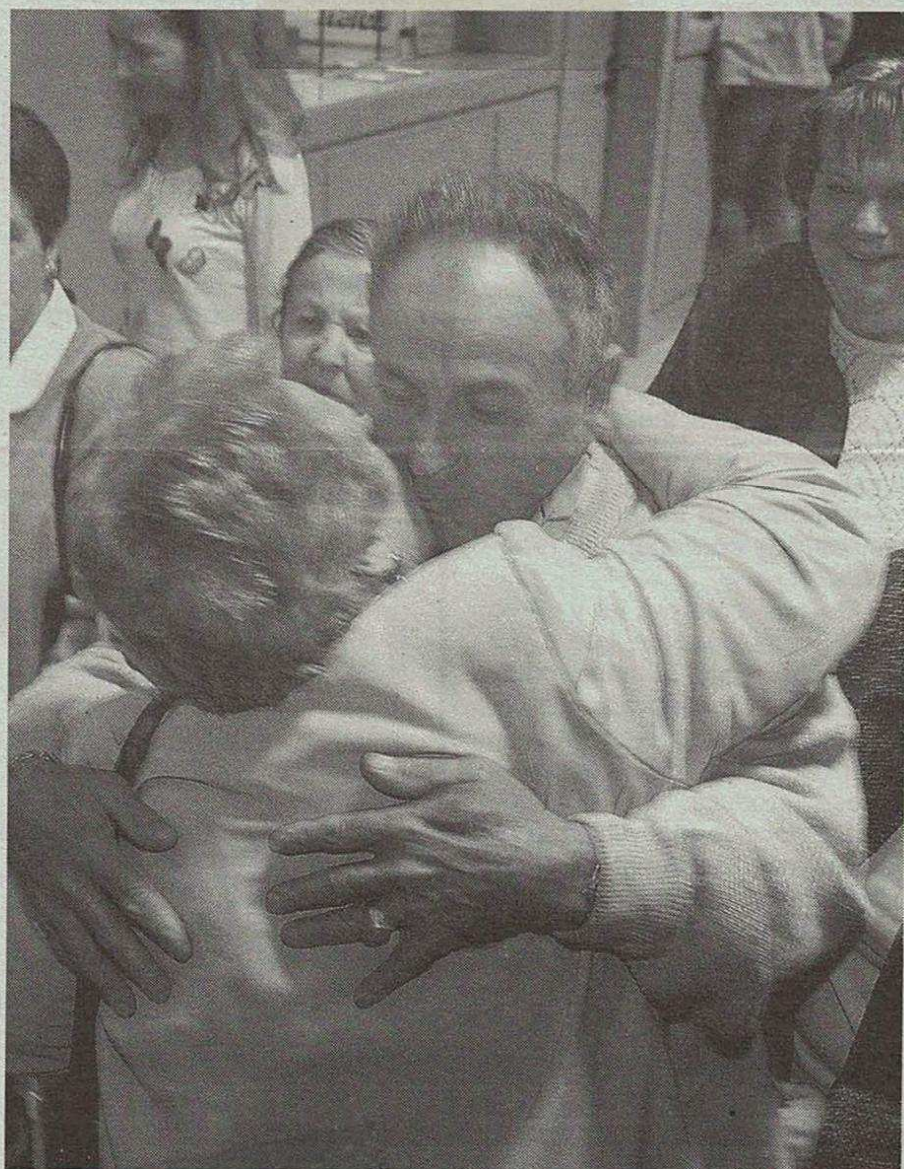
Monte do Gozo. Mi organismo estaba como con una entereza no acorde a los años y mucho menos al de una persona, según el informe médico, en manos de una enfermedad terminal. Horas de camino sin desfallecer con la mirada puesta en las tierras lucenses y, en especial en el corazón de Lugo, ese Belén de Begonte, que ya, cada vez que más me acercaba me parecía sentir su viviente latir.

Hubo momentos en que sentí el aviso de mi enfermedad, algún mareo que era como el vuelo de un terrible acipídrico que planeaba

sobre mi cabeza; ya no sentía las piernas como si fueran de goma, pero yo seguí flotando en mi burbuja de ilusión y caminaba ajeno a todo. Comenzó a llover en la segunda jornada, nada más salir del albergue donde pernocté, porque aunque deseaba hacer el recorrido cuanto antes, como si buscara en Begone el antídoto de mi mal, por mis condiciones físicas que estaban en un porcentaje de forma muy bajo, me resultaba imposible hacerlo en una jornada.

La lluvia, que me calaba hasta los huesos, no me molestaba, pues llevaba muchos años sin mojarme en Galicia. Creo que la última fue cuando era mozo, pocos meses antes de emigrar, cuando estuve en el San Mateo de Monforte, y cogimos, mis compañeros de romería y este servidor, tal mojadura que, hasta las empanadas se estropearon, el único que quedó incólume fue el Amandi que, bien metido en sus botellas,

estuvo a salvo, para, gracias a sus tragos, darnos el calor suficiente para que aunque el tiempo, en ese día de finales de septiembre, climatológicamente no fuera favorable, como ese *menciñeiro* de la Ribeira Sacra, el excelentísimo don Amandi, tener asegurada la alegría en esta fiesta tan típica en el Valle de Lemos, aunque, verdaderamente, teniendo una gaita, un corro de amigos, unas ruedas de empanadas, para que circule la vida, y una jarra de Gundivós, rebotando el rey de los vinos, *habemus festa* y el fantasma de las tristezas, ante esa alegría, huye des-pavorido, pues el roncar de una gaita es para las penas como la cruz para *o demo*. Aunque la maldita tristeza, ese cuervo malva-



ALC

Un emigrante retornado se abraza con un familiar en el aeropuerto

do, graznaba y, cuando llegó el invierno ampara

do en la densa niebla, nos atacó y muchos de esos amigos de ronda y fiesta nos vimos conducidos a coger el tren de la diáspora. Unos, rumbo al mar de la llanura castellana a segar sus mieses; otros, como yo, con destino al puerto de Vigo para marchar a las Américas, con la intención de conquistar algún preciado metal, esos *pesos* y esa *plata* tan necesarios.

Con ello dejábamos hipotecada nuestra mayor riqueza, el no vivir e incluso, ni poder morir en la tierra que nos vio nacer. Recuerdo cómo, en el momento de las despedidas, las nubes de los ojos precipitaban torrentes de lágrimas. Las estaciones de tren y los puentes eran un calvario donde las Marías gallegas veían crucificados en la dura cruz de la emigración a sus maridos, hijos, novios, hermanos o padres dejándolas solas, muriendo estando vivos.

No quiero recordar cuando aquel tren en el que marché (el mixto) se iba por Canabal rumbo a ocultarse en Los Peares y yo, lanzaba mi mirada intentando agarrarme con ellas a las almenas del castillo que corona San Vicente, pero, como la vista estaba tan humedecida, era imposible sostenerla y, si lo consiguiera, ya vendría el negro córido y me cercenaría.

Sin darme cuenta me estaba encharcando en esa melancolía y tristeza que cala más que cualquier lluvia de tormenta, pero, por suerte, aparece la luz y con ella el calor que necesitaba.

Un letrado me anuncia que estoy en Begonte. Mis pasos me conducen a la iglesia, muy próxima a la carretera; no soy el único, muchos más viajeros penetran en busca del famoso Belén. Cuando entré sentí un gran asombro al ver tan espiritual obra. Los que estaban inmediatos a mi pensaron que

me iba mal, y prestos intentan ayudarme, pero es que, embargado con la gran emoción, me arrojé al suelo a besarlo porque antes, desde el aeropuerto hasta aquí, salvo en la catedral que hice otro tanto, todo era asfalto.

Cuando me incorporé, yo que parecía minusválido físico anteriormente, en ese momento no notaba ningún síntoma de mi enfermedad, ni siquiera me dolían las ampollas de los pies ni me molestaban las agujetas. Parecía nuevo, me acordé del doctor, de la quimio y los fármacos que quería recetar. Aquel Belén pareciome que me había sido una fulminante

terapia; no sabía cómo agradecer esa recuperación milagrosa que pensaba sería transitoria, recé un rosario de oraciones por haber podido cumplir mi promesa, pero ahora quedaba en deuda, pues en Begonte me creía totalmente sano. Salí al exterior, y en mi rostro, no podía ocultar el cambio de visaje de quien está acabado y, bruscamente, le parece recobrar su primavera.

Dejé Begonte y me vine hasta Lugo, comí en la estación de autobuses, con la avidez propia de quien tiene un organismo en estado físico normal. Luego tomé el autocar con destino a mi Monforte del alma. Indescriptible resulta la alegría que sentí al llegar a Bóveda ¿Y cuando en Ribas Altas veo la torre del homenaje de las Tierras de Lemos?

Llorando de alegría me encaminé a nuestra pequeña casa familiar, cerrada a cal y canto, llena toda de recuerdos, pues mis padres ¡pobres! habían fenecido del frío de la solitaria espera. Mi único hermano murió en la guerra que asoló nuestra España. Las oxidadas llaves de nuestro hogar me las ofrece en su mano un amigo familiar que me da, con su abrazo, todo el cariño de las gentes vecinas de un viejo barrio.

Abro aquel sepulcro de valores y sentimentales recuerdos; puerta y ventanas dejan su vano libre para que entre la vida. Durante unos días contrato unos operarios para reparar las heridas constructivas que le infringió el tiempo a nuestra casa. No tiro ningún mueble viejo porque ellos tienen la huella de los que quiero y en sus cajones se guardan fotos y muchos recuerdos imborrables. Me olvido de mi enfermedad, quiero curar a ese edificio que estaba decrepito. Habría pasado un mes cuando decidí ir al médico, aunque, a decir verdad, no notaba nada anormal físicamente. Le expliqué mi situación y, presto me extendió un volante para el especialista.

A los pocos días fui al Hospital Comarcal, me hicieron toda clase de pruebas, me llevan en ambulancia al oncológico de A Coruña y, a la semana, en la consulta del médico especialista me da el resultado:

—Señor -me dice con voz melodiosa, la propia de la lengua gallega- usted no tiene absolutamente nada. Olvídese de leucemia y cosa semejante. Tiene una salud de hierro. Usted de lo que se estaba muriendo era de nostalgia por no estar en Monforte paseando por el Cardenal. la Com-

pañía o las dulces riberas del Cabe. Puede subir corriendo hasta el castillo que no sentirá el menor síntoma de flaqueza. Está como un roble.

No supe que decir y el doctor, tendiéndome la mano, me acompaña hasta la puerta. Contengo el peso de mi emoción hasta que salgo del centro hospitalario y, como un niño, me desprendo de esa carga emotiva llorando y, enjugando con un pañuelos mis saladas lágrimas, grito a todo pulmón:

—Gracias a tí, Belén de Begonte, tú has sido mi médico y serás el remedio de los males de todo el que cree y se agarra a la irrompible cola del cometa de la fe.

Mi vida, desde entonces, transcurre con la normalidad de cualquier ser humano, soportando las gripes y catarros del tiempo. Me acuerdo del facultativo americano y cada Navidad, aunque ahora, por los años ya vividos, no lo haga andando, sí voy a visitar al Belén de Begonte donde llegué moribundo y nací de nuevo.

Moraleja: Todo gallego que vive lejos de su Galicia, aunque se crea sano, padece una grave dolencia que sólo curan el regreso y Dios.